

Giuseppe Ungaretti, poemas selectos de *Sentimento del tempo*

Nota introductiva y traducción de Iledys González Gutiérrez

La particularidad estilística de la escritura poética de Giuseppe Ungaretti se trasluce de modo especial en el momento de verter el texto a otra lengua. La traducción entonces resulta un ejercicio aún más arriesgado, pero la pasión que inspira una obra de tan exquisita condición literaria deviene un incentivo notable para superar cada escollo que pueda surgir de un verso a otro verso, tratando a cada instante de preservar la palabra poética y la música inherentes al libro original, a veces de modo intuitivo, otras tantas, con objetivo cuidado.

El repertorio en español de *Sentimento del tempo*, libro de gran sensibilidad romana de Ungaretti, no es muy abundante. Se encuentran entre estas algunas publicaciones distinguidas: la de Margara Russotto (1977) que se inserta en *Vida de un hombre* (Monte Ávila Editores, Caracas); la traducción del libro compartida por Gianna Prodan y Miguel Galanes, igualmente inscrita dentro del volumen *Vida de un hombre: 106 poesías* (1993); la de Tomás Segovia que en 1998 traduce para Galaxia Gutenberg (Barcelona) *Sentimento...* junto a *La terra promessa*, unidos en el mismo volumen, —título que contó con una reedición por Debolsillo (Barcelona) en el año 2006—; y la publicación de toda la poesía del autor a cargo del traductor Carlos Vitale, en el 2015 (*Vida de un hombre*, Igitur, Tarragona). Giuseppe Ungaretti ha sido además traducido con motivo de la conformación de varias antologías de la poesía italiana del siglo XX en el mundo hispanoamericano.

En esta entrega se presentan diversos poemas pertenecientes a cada una de las secciones que comprende *Sentimento del tempo*. La selección se basa en preferencias personales, absolutamente subjetivas, pero que tratan de mantener en sentido estructural una proporción equilibrada entre cada una de las partes del libro. El fin esencial que se busca al compartir estos poemas selectos de *Sentimento del tempo* es el de transmitir un aire poético similar al que rodea sus versos en lengua italiana; de lograrse como un soplo mágico tal efecto, el encanto de la traducción se habrá entonces cumplido.

GIUSEPPE UNGARETTI, *SENTIMIENTO DEL TIEMPO* (1919-1935)¹

(Primeras)

“A la apatía” (1922)

Quietud cuando resurgió en un tejido
el cuerpo agrio al cual me encamino.

La mano le brillaba puesta en mí,
que mientras más avanzo más se aleja.

Aquí estoy perdido en estas vanas carreras.

Cuando ondeó la mañana ella se extendió
y rio y voló desde mis ojos.

Sierva de locura, apatía,
fuiste por muy poco eufórica y dulce.

¿Por qué no te ha seguido la memoria?

¿Es nube tu don?

Es murmullo y puebla
de cantos remotos las ramas.

Memoria, fluido simulacro,
melancólica burla,
oscuridad de la sangre...

Cual fuente tímida a la sombra
anciana de olivos,
regresas a adormentarme...

¹ Edición de referencia para la traducción: Ungaretti, Giuseppe, «Sentimiento del tiempo», en *Vita d'un uomo*, t. II, Mondadori, 1959.

De mañana todavía secreta
todavía tus labios deseas...

¡Jamás los conozcas!

“Sirenas” (1923)

Funesto espíritu
que enciendes y turbas amor,
similar a mí vuelves sin quietud a lo alto
con impaciencia las apariencias mudas,
y ya, antes de que yo alcance una meta,
aún no desilusionado
me acercas a otro sueño.

Igual a un mar que inquieto y ligero
desde lejos pasa y esconde
a una isla fatal,
con variedad de engaños
acompañas a quien no desespera, a muerte.

(El fin de Cronos)

“Una paloma” (1925)

De otros diluvios a una paloma escucho.

“Lago luna alba noche” (1927)

Gráciles arbustos, pestañas
de oculto murmullo...

Pálido odio arruina...

Un hombre, solo, pasa
con su temor mudo...

¡Cuenca reluciente,
múdate a las fauces del sol!

Regresas llena de reflejos, alma,
y reencuentras sonriente
lo oscuro...

Tiempo, fugitivo temblor...

“Con fuego” (1925)

Con fuego en los ojos un nostálgico lobo
mueve la quietud desnuda.

No encuentra más que sombras de cielo sobre el hielo,
que funden serpientes fatuas y breves violas.

“Fin” (1925)

¿Cree en sí mismo y en la verdad quien desespera?

“Semejante a sí” (1925)

Va la nave, sola,
en la quietud de la noche.

Una luz aparece
a lo lejos, desde las casas.

En la noche extrema
va en humo a lo hondo el mar.

Queda solo semejante a sí,
un fragor que se pierde...

Se renueva...

(Sueños y acordes)

“Eco” (1927)

Descalza al avanzar por arenas lunares,
Aurora, amor gozoso, de un eco
pueblas el exiliado universo y dejas
en la carne de los días,
perenne marca, una herida velada.

“Estatua” (1927)

Juventud petrificada,
oh estatua, oh estatua del abismo humano...

El gran tumulto después de tanto viaje
corroe un escollo

a flor de labios.

“Sombra” (1927)

Hombre que esperas sin paz,
cansada sombra a la luz empolvada,
el último calor se irá dentro de poco
y vagarás indefinido...

“Aura” (1927)

Escuchando al cielo,
espada matutina,
y al monte que les sube al vientre,
vuelvo al usado acorde.

A los pies aprieta la subida
un arbolito cansado.

Desde el balcón de las ramas
veo otra vez vuelos nacer...

“Estrellas” (1927)

Vuelven en lo alto a arder las fábulas.

Caerán con las hojas al primer viento.

Pero venga otro soplo,
regresará un brillo nuevo.

“Sueño” (1927)

Rota la pausa bajo la ola
vuelve a raptarse aurora.

Con un vuelo argénteo
a cada humo introduce mejillas en llama.

En los pajares suenan clamores.

Pero en torno al lago ya el aliso
muestra la corteza, es de día.

Del dormir al despertar se hizo
el sueño en un rayo.

“Fuente” (1927)

El cielo se ha debilitado demasiado
y vuelve a resplandecer
y de pupilas siembra la fuente.

Resucitada serpiente,
ídolo ágil, río joven,
alma, verano que vuelve de noche,
el cielo sueña.

Reza, amo escucharte,
tumba mutable.

“De noche” (1928)

En las olas suspirosas de tu desnudo
el misterio raptas. ¡Sonriendo

por nada, suspendido el respiro, más dulce

que escucharte es consumarme
en el sol moribundo
último ardor de sombra, tierra!

“Grito” (1928)

Caída la noche
me reposaba sobre la yerba monótona,
y me dio gusto
aquel deseo sin fin,
grito impuro y alado
que la luz cuando muere retiene.

“Quietud” (1929)

La uva está madura, el campo arado.
Se desprende la montaña de las nubes.
Sobre polvorientos espejos del verano
ha caído la sombra.
Entre los dedos inciertos
su luz es clara,
y lejana.
Con las golondrinas huye
la última pena.

“Noche” (1929)

Al pie de los pasos de la noche
va un agua clara,

color de la oliva,
y alcanza el breve fuego desmemoriado.
En el humo ahora escucho grillos y ranas,
donde tiernas tiemblan las hierbas.

(Leyendas)

“Donde la luz” (1930)

Como alondra agitada
en el viento feliz sobre nuevos prados,
los brazos te saben ligera, ven.

Nos olvidaremos de lo de abajo,
y del mal y del cielo,
y de mi sangre rápida a la guerra,
de los pasos de sombras memoriosas
en los sonrojos de mañanas nuevas.

Donde no mueve hoja alguna la luz,
sueños y penas pasadas a otras riberas,
donde se ha detenido la noche,
ven, te llevaré
a las colinas de oro.

La hora constante, libres de edad,
en su perdido nimbo
será nuestro manto.

(Himnos)

“La piedad” (1928)

1

Soy un hombre herido.

Y me quisiera ir
y finalmente llegar,
piedad, a donde se escucha
al hombre que está solo consigo.

No tengo más que soberbia y bondad.

Y me siento exiliado en medio de los hombres.

Pero por ellos estoy en pena.

¿No sería digno de volver en mí?

He poblado de nombres el silencio.

¿He hecho pedazos corazón y mente
por caer en servidumbre de palabras?

Reino sobre fantasmas.

Oh hojas secas,
alma llevada aquí y allá...

No, odio el viento y su voz
de bestia inmemorable.

Dios, ¿aquellos que te imploran
no te conocen más que de nombre?

Me has expulsado de la vida.

¿Me expulsarás de la muerte?

Quizás el hombre sea también indigno de esperar.

¿Incluso la fuente del remordimiento está seca?

El pecado qué importa,
si a la pureza no conduce ya.

La carne apenas recuerda
que una vez fue fuerte.

Es loca y desgastada el alma.

Dios, mira nuestra debilidad.

Quisiéramos una certeza.

¿Ni tan siquiera ríes de nosotros?

Compadécenos entonces, crueldad.

No soporto ya estar amurallado
en el deseo sin amor.

Un signo muéstranos de justicia.

¿Tu ley cuál es?

Fulmina mis pobres emociones,
libérame de la inquietud.

Estoy cansado de gritar sin voz.

2

Melancólica carne
donde una vez pululó el goce,
ojos entornados del despertar cansado,
¿tú ves, alma demasiado madura,
lo que seré, caído en tierra?

Está en los vivos la calle de los difuntos,

somos nosotros la corriente de sombras,
son ellas el grano que nos explota en sueño,
ellas son la lejanía que nos queda,
y ellas son la sombra que da peso a los nombres.

La esperanza de un cúmulo de sombra
¿y nada más es nuestra suerte?

¿Y tú no serías más que un sueño, Dios?

Al menos un sueño, temerarios,
queremos que te asemeje.

Es obra de la demencia más clara.

No tiembla en nubes de ramas
como pájaros de la mañana
al filo de los párpados.

En nosotros está y languidece, plaga misteriosa.

3

La luz que nos punza
es un hilo cada vez más sutil.

¿No deslumbras más, si no matas?

Dame este goce supremo.

4

El hombre, monótono universo,
cree alargarse con bienes
y de sus manos febriles
salen, sin fin, límites.

Sujeto al vacío
a su hilo de araña,
no teme ni seduce

más que al propio grito.

Repara el desgaste alzando tumbas,
y para pensarte, Eterno,
no tiene más que maldiciones.

“Sentimiento del tiempo” (1931)

Y por la luz justa,
caía solo una sombra viola
sobre el yugo menos alto,
la lejanía abierta a la medida,
cada palpitar mío, como usa el corazón,
pero ahora lo escucho,
te apresura, tiempo, posarme sobre los labios
tus labios últimos.

(La muerte meditada)

“Canto quinto” (1932)

Has cerrado los ojos.

Nace una noche
llena de fingidos huecos,
de sonidos muertos
como de corchos
de redes caladas en el agua.

Tus manos se vuelven un soplo
de inviolables lejanías,
inaprensibles como las ideas,

y el equívoco de la luna

y la oscilación, dulcísimos,
si quieres apóyamelos sobre los ojos,
tocan el alma.

Eres la mujer que pasa
como una hoja

y dejas en los árboles un fuego de otoño.

(El amor)

“Canto beduino” (1932)

Una mujer se levanta y canta
la sigue el viento y la encanta
y sobre la tierra la extiende
y el sueño verdadero la sostiene.

Esta tierra está desnuda
Esta mujer está enamorada
Este viento es fuerte
Este sueño es muerte.

“...” (1932)

Cuando cada luz está apagada
y no veo más que mis pensamientos,

una Eva me pone ante los ojos
la tela de los paraísos perdidos.

“Preludio” (1934)

Mágica luna, estás tan consumida
que, rompiendo el silencio,
apoyas sobre los viejos lechos de la altura
un velo lúbrico.

“¿Qué grito?” (1934)

¿En las noches de verano,
dispersándote sorprendida,
lenta luna, fantasma cotidiano
del triste, extremo sol,
qué grito reíste?

Luna alusiva, vas turbando incauta
en hermoso sueño, la tierra,
que al ausente se ha girado con delirio
bajo tu caricia melancólica,
y llora, siendo madre,
que de él ni de sí no queda un día
ni siquiera un manto efímero de luna.

“Silencio estrellado” (1932)

Y los árboles y la noche
no se mueven más
sino por los nidos.